



IGNACIO F. GARMENDIA, *Los días sagrados*, Athenaica, Sevilla, 2022, 205 pp., ISBN: 978-84-18239-71-7.

Con el hermoso título de *Los días sagrados* vuelven a ver la luz, esta vez en la cuidadísima editorial Athenaica, algunos de los escritos publicados semanalmente en los diarios del Grupo Joly por el editor, articulista y crítico de literatura –tal y como él mismo se presenta en la solapa– Ignacio F. Garmendia. Bajo el aspecto de artículos de opinión y el no menos hermoso epígrafe de “Postrimerías”, los textos de Garmendia vienen apareciendo en prensa desde hace años todos los martes para bendición de muchos que, como quien esto escribe, los considera de sagrada lectura y espera religiosamente a que salgan cada mañana consagrada al dios romano de la guerra, lúcidos y cálidos, con la misma necesidad de que salga el sol.

Más cercanas a la prosa lírica o al microensayo, como él las llama en el prólogo, las columnas que aquí se rescatan de las enterradas hemerotecas parecen haber sido concebidas desde un inicio para las páginas de este libro, si es que no hemos podido curarnos todavía del prejuicio de los géneros, tanto que, puestas de nuevo en pie y reordenadas según una lógica interna de temas relacionados o sugeridos entre sí, conforman un paisaje en blanco y negro semejante al del dibujo de la cubierta –excelente como todas las ilustraciones interiores de Manuel Ortiz–, unas brillantes columnas de estilo corintio iluminadas por la luz de la luna que persisten en su función original de apoyo, como pilares que son, pese a no soportar ya peso alguno más que, en todo caso, el de la bóveda de un oscuro cielo estrellado.

A medio camino entre lo intemporal y lo cotidiano, entre la experiencia personal y lo que atañe a todos, transgrediendo las fronteras, si es que las hay, entre lo literario y lo periodístico, los relatos, los textos –cuesta encontrar el nombre que los nombre–, quizás los metatextos o incluso, en el sentido griego del término, los poemas escogidos hablan de nuevo sobre lo que de verdad importa, independientemente del formato (“los dones del presente, las devociones que tienen que ver con seres queridos o lugares amados, unos pocos principios de raigambre clásica, viejos mitos que no han dejado de alumbrarnos...”), erigiéndose por encima de la actualidad aunque partiendo de ella o, inversamente, según donde se ponga la mirada de modo similar a lo que sucede con los dibujos de Escher, empezando por el capitel hasta llegar, siempre en un solo párrafo, dando la imagen de una verdadera columna, a la base o los cimientos de una idea, una palabra a veces, un acto del presente en apariencia aislado pero que puede explicarse por la concatenación de otros hechos ocurridos en otros tiempos, no muy distintos a los nuestros. Es lo que exige, en definitiva, la práctica humanista que aquí, frente a la de los idólatras de la tecnificación y los vasallos del imperio de la ciencia (que conciben la cultura como adorno o vulgar producto de consumo), ejerce de fuerza gravitacional de estos días sagrados que ya se fueron pero que regresan una y otra vez hasta nosotros de una forma u otra (pues, aunque efímeros, hay una inercia inmemorial que los vincula y devuelve); esa práctica que remite al pasado, al origen, y nos lleva a excavar en el

interior de las cosas, como sugiere la propia palabra “cultura”, que alude, procedente del mundo del campo, al esfuerzo del hombre agrario por cultivar la tierra –de ahí que Cicerón utilizara la expresión “cultura animi” para traducir del griego la palabra filosofía– y busca en ella –*humus* en latín– lo que nos hace humanos. Algunas etimologías como ésta hay esparcidas a lo largo de sus páginas como pepitas que destellan bajo la corriente del lenguaje o el pensamiento arrastrado y son fruto de una mirada en la que nos reconocemos los que nos hemos formado en filología clásica –en la misma facultad, de hecho, aunque en etapas diferentes–, siempre traídas con rigor para explicar el sentido profundo y oculto de algunas ideas revestidas con el pomposo ropaje de la novedad.

A los artículos les sigue la narración “inacabada e inacabable” de *El sueño de Grecia*, que estaba destinada a formar parte de un libro no escrito y que ya sólo por el título despierta las ganas de adentrarse en ella a ciegas, publicada por entregas también en los periódicos, que precisamente recrea los años universitarios de su autor, “un viaje que tampoco es un viaje donde se mezclan el tiempo de la Antigüedad y su proyección en un presente igualmente remoto”, y que yo leo a mis alumnos de griego cada año como si fuera la carta abierta o el discurso de graduación de un viejo compañero de letras al que en efecto retrata, como él reconoce, de manera indirecta. En realidad, todo en el libro de Ignacio F. Garmendia parece escrito de memoria, es decir, de corazón, porque lo que dice forma parte de sí –un hombre hecho de horas y lecturas que están no tanto leídas, con perdón, sino incorporadas– pero también de quien lee. El lector de estas páginas tiene la misma sensación que Emerson describe en uno de sus ensayos sobre Shakespeare acerca de esa rara cualidad de leernos a nosotros y no al revés que parecen tener los buenos libros.

Sonríó ahora, mientras escribo estas líneas, al pensar que ni en aquel Estado inhóspito que ideó Platón, libre de poetas, ni en el otro que imaginó George Steiner para escritores y lectores, es decir, aquella república contraplatónica de *Presencias reales* en la que críticos y reseñadores estaban prohibidos, Ignacio F. Garmendia tendría problemas para eludir tales formas de censura, afortunadamente lejos de nuestra realidad inmediata. Intérprete de signos y recuerdos, crítico de los días, hermeneuta de la memoria, su lectura del arte es arte y su escritura de vida es vida. ¿Qué más darán los marcos en los que los amigos de la sabiduría pretendan encuadrarlo? Incluso el tono, como parte de un estilo pulcro, en el buen sentido didáctico, es híbrido, serenamente equilibrado entre una elegante melancolía contenida, que a veces parece sonrojarle, y una sencilla alegría autoimpuesta como imperativo moral, defendida más como un deber que como un derecho en la convicción de que ser feliz es un triunfo de la voluntad, una buena predisposición no sólo por el bien de uno mismo sino por el de aquellos que nos quieren y desean el bien, y no algo que nos haya sido dado de afuera. Algunos de los textos que más me gustan, sin embargo, son justamente los más melancólicos: ése, por ejemplo, en el que se hace inventario de los pocos objetos guardados en una cajita por el padre antes de morir, que da lugar a que el lector recomponga fragmentos de una vida, o aquel otro en el que se recuerda a la mujer del amigo poeta, recientemente enviudado, donde las voces se van mezclando y fluyendo juntas de tal manera que el lector descubre con emoción que son los versos del poeta los que han ido acompañando el texto hasta llegar a mar abierto, mecido por la cadencia de unos bellísimos endecasílabos.

Pero no pretendía hacer análisis del contenido de este libro cuya segunda lectura me ha traído antiguos placeres que creía olvidados. Las reticencias acerca de su publicación que el autor confiesa en el prólogo son las que, en realidad, me

animaron a redactar estas pocas líneas por si algún improbable lector que aún no conozca a Ignacio F. Garmendia, uno de los mejores críticos de nuestro país, fuera a su encuentro a través de ellas. Seguro que como yo, muchos lectores de aquí y de allá le quedan silenciosa y doblemente agradecidos.

Juan José Tejero